Imprimir

La COP31 de Antalya concluye sin un acuerdo político global, incapaz de abordar el problema de los combustibles fósiles y de garantizar los recursos necesarios a los países más vulnerables. El fracaso de las negociaciones pone de manifiesto los límites de un sistema económico basado en el crecimiento ilimitado y en la concentración de la riqueza. Pero renunciar a la cooperación internacional no es la solución: hay que cambiar la forma de producir y distribuir la riqueza, la responsabilidad y el poder

No es ninguna sorpresa: la 31.ª Conferencia de las Partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP31) de Antalya ha acabado mal. Muy mal. Tras dos semanas de reuniones, debates, promesas, anuncios, conferencias y grandes declaraciones y proclamas, los representantes de casi doscientos países no han logrado alcanzar ni el más mínimo acuerdo político global. Los intereses de cada uno, ese «egoísmo resbaladizo» – citando la canción «Libera nos Domine» de Francesco Guccini, cantautor italiano fallecido recientemente – han prevalecido sobre cualquier necesidad razonable de supervivencia colectiva. Los negociadores debatieron cuarenta y ocho horas más de lo previsto, en vano. Al final, se rindieron. El planeta puede esperar, evidentemente. Los intereses económicos y políticos de los Estados, no.

Es la amarga, aunque lógicamente coherente, conclusión de una conferencia que, ya tras la primera semana, había dejado muchas dudas. Las relaté en mis reportajes desde Antalya. Me preguntaba si tenía sentido gastar millones en un evento gigantesco en el que todos hablaban de salvar el clima, pero casi nadie parecía dispuesto a debatir el modelo económico y social que está destruyendo el medio ambiente. La respuesta llegó en las negociaciones finales. Y no es tranquilizadora.

El punto central es siempre el mismo: los combustibles fósiles. Petróleo, carbón, gas. Son las fuentes de energía sobre las que se han construido y se siguen construyendo inmensas fortunas, potencias económicas y relaciones de dominio. En el texto final propuesto por la presidencia turco-australiana habían desaparecido las referencias explícitas a la necesidad de abandonarlos. Suponía un enorme paso atrás incluso con respecto a Dubái en 2023. Allí,

en una de las capitales de la riqueza petrolera, se había reconocido la necesidad de una transición para abandonar las fuentes fósiles. Hoy, no, no hay ningún reconocimiento. Rusia y Arabia Saudí se opusieron hasta el final a la cláusula de la «transición de las energías fósiles». La Unión Europea y otros países, en ese momento, rechazaron un compromiso que consideraban demasiado débil e inútil. Resultado: ninguna decisión política general.

Tampoco ha ido mejor en lo que respecta a la financiación y la redistribución de los recursos económicos necesarios para impulsar la transición ecológica. Los países más pobres, aquellos que han contribuido y contribuyen mucho menos a la crisis climática y que sufren sus peores consecuencias, pedían recursos garantizados para hacer frente a las sequías, las inundaciones, la desertificación y la destrucción de los cultivos. Del borrador del acuerdo ha desaparecido la referencia a la creación de un fondo de 120 000 millones de dólares anuales para 2035 destinado a la adaptación. Una vez más, quienes han generado gran parte del problema se niegan a asumir su responsabilidad y a contribuir a la solución.

Este es el quid de la cuestión política. El feudalcapitalismo contemporáneo, aquel que concentra la riqueza y el poder en manos de unos pocos barones —prevalentemente digitales—, pretende hacer frente a una crisis provocada por la teoría del crecimiento ilimitado sin renunciar precisamente a ese crecimiento ilimitado. Quiere una transición ecológica que no altere las relaciones de poder, que no modifique los privilegios, que no redistribuye realmente la riqueza, que no limite el poder de las grandes empresas. En definitiva, quiere cambiar las tecnologías para conservar el sistema y el poder.

En Antalya lo vimos en los pabellones, en las propuestas, en las grandes campañas de comunicación. Todo se convertía en inversión, oportunidad, mercado. Era una especie de Expo del clima, no un encuentro para encontrar soluciones y vías que garantizaran la supervivencia de la especie. Incluso la defensa de los bosques depende, en muchos casos, de la generosidad de los multimillonarios. La cuestión real, sin embargo, es que la supervivencia del planeta no puede dejarse en manos de la filantropía y del buen corazón de quienes poseen riquezas superiores a los presupuestos de Estados enteros.

Existe, además, una contradicción evidente de la que se sigue hablando muy poco. Mientras se debate sobre la reducción de las emisiones, el mundo aumenta el gasto militar, produce armas, libra guerras y destruye ciudades y territorios. Se invierten enormes recursos en la capacidad de matar y se debate sin fin y sin resultados sobre cuánto destinar a la capacidad de vivir. Las guerras y la crisis climática forman parte del mismo sistema de competencia por el control de los recursos, los mercados y el poder.

Pero cuidado: sería un error concluir que las COP no sirven para nada y que las Naciones Unidas son inútiles. Eso es precisamente lo que querrían aquellos que han presionado para que fracasen todas las negociaciones, aquellos que consideran la cooperación internacional un obstáculo para su libertad de dominio. En Antalya, lo repito, había jóvenes, asociaciones, representantes de las comunidades indígenas, personas competentes y decididas. Gente que sigue creyendo en la posibilidad de decidir juntos el futuro. Ellos son la razón por la que estas reuniones deben seguir existiendo.

El fracaso no es suyo. Es de los gobiernos, de los sistemas de poder cada vez más autocráticos y alejados de los derechos humanos. Sistemas que defienden los intereses nacionales y los privilegios económicos incluso ante un peligro real que nos afecta a todos: también a sus propios hijos. Es el fracaso de quienes piensan que el beneficio de hoy vale mucho más que la vida de mañana.

La lección de Antalya es esta: no basta con cambiar la forma de producir energía. Hay que cambiar la forma de producir y distribuir la riqueza, la responsabilidad y el poder. Hay que elegir entre la protección de los derechos colectivos y la conservación de los privilegios. De lo contrario, seguiremos organizando conferencias cada vez más grandes, costosas y espectaculares, para decidir cada vez menos. El planeta, mientras tanto, seguirá calentándose. Sin esperar a las inútiles negociaciones de los poderosos.

Raffaele Crocco, Periodista, documentalista, escritor.

Fuente: https://www.other-news.info/noticias/cop31-el-fracaso-esperado/

Foto tomada de: https://www.other-news.info/noticias/cop31-el-fracaso-esperado/